

mento en que vacara la herencia, proposición naturalmente inaceptable para Prusia, pues de realizarse concedía al adversario la inapreciable ventaja de la posesión de hecho. Aquella tentativa no produjo por consiguiente resultado alguno, y desde el momento en que la proposición fué rechazada por el gabinete de Berlín, Inglaterra y Holanda desistieron de ocuparse más de aquel asunto.

En Viena, el deseo de llegar á la más íntima inteligencia con Francia sobreponíase entonces á toda otra consideración; pero también en Berlín, por mucho que este cambio mortificara al rey, tomaba cuerpo la creencia de que sin la buena voluntad de Francia era imposible lograr una solución favorable en la contienda de la sucesión. Resultó, pues, con gran contento del cardenal Fleury que así Austria como Prusia se vieron precisadas á negociar secretamente con este sobre la manera de resolver la cuestión de la herencia de Berg: como tantas otras veces había sucedido en anteriores tiempos, la disensión existente entre las dos grandes potencias alemanas hacia á la política francesa árbitra en este asunto que pertenecía exclusivamente á la política interior de Alemania.

Al ministro cardenal francés interesábase tener en su mano á una y otra potencia, lo cual pudo lograr engañando á ambas y firmando con ellas, con un pequeño intervalo, dos tratados en realidad incompatibles.

En enero de 1739 se firmó un nuevo tratado secreto entre Francia y el emperador, por el cual ambas potencias convenían que, apenas vacara la herencia, la casa del Palatinado de Sulzbach estaría en posesión provisional por dos años de todos los territorios en aquella comprendidos, y se comprometían á oponerse á cualquiera otra toma de posesión. Es evidente que con este tratado violaba el emperador las obligaciones contraídas en el de Berlín de 1728, pues si bien se dejaba pendiente la solución jurídica propiamente dicha, ya se comprenderá que si las cosas se encaminaban por la senda que entonces se les trazaba, una posesión de hecho por dos años y garantizada por Francia y por el emperador entrañaba en realidad una resolución favorable á las pretensiones del Palatinado, quedándole á Prusia por todo recurso una protesta, una pretensión y un pleito en el Consejo áulico del Imperio.

Peró mientras el gobierno de Viena, cegado por su enemistad contra Prusia y exagerando ciegamente también la amistad de Francia, no tenía reparo alguno en preparar un golpe mortal al que antes fuera su aliado alemán, la política francesa procedía con circunspección y habilidad infinitas. El cardenal Fleury no quería, ni mucho menos, enemistarse con el Estado prusiano, tan poderoso desde el punto de vista militar. Nuevas complicaciones dibujábanse en el horizonte de la política europea; entre Inglaterra y España acababa de estallar una nueva guerra en la cual Francia había de intervenir forzosamente andando el tiempo, y era general el convencimiento de que en Alemania preparábanse grandes acontecimientos: en tales circunstancias ¿podía la política francesa romper abiertamente con Prusia y arrojarla en brazos de Inglaterra-Hannover? El maleable cardenal supo á un mismo tiempo encadenar á Francia las esperanzas de Austria, conservar bajo su patronato á la casa del Palatinado y atraerse á Prusia.

Por el mismo tiempo en que se firmaba aquel tratado con el emperador, seguía Francia en silencio negociaciones con Prusia, no en París ó Berlín, sino en El Haya á fin de mejor guardar el secreto.

Lo que Francia ofrecía tendía ciertamente á una disgregación del territorio pretendido por Prusia: Dusseldorf, esa ciudad que domina uno de los más importantes afluentes del

Rhin, no había de ir á parar de ningún modo á manos de Prusia, de esa potencia guerrera de poderío incalculable; por esto pedía Francia que la faja de territorios de Berg colindantes con la orilla del Rhin, aproximadamente desde Dusseldorf hasta la confluencia de este río y el Sieg, quedase perfectamente deslindada y pasase, junto con aquella ciudad, á la casa de Sulzbach, la cual recibiría también los bailios del ducado de Berg situados al Sur del Agger, ó sea una sexta parte del territorio: Prusia, en cambio, se quedaría con mayor y mejor parte de Berg y con el señorío de Ravenstein.

Sobre esta base firmóse el tratado secreto franco-prusiano de 5 de abril de 1739. Francia se obligó á obtener para ese convenio la aprobación de la casa palatina, y en caso de no conseguirla, estaba conforme con que á la muerte del elector Carlos Felipe del Palatinado Prusia entraría en posesión del territorio que el tratado concedía á este. Si la proposición era aceptada, Prusia pagaría un millón de thalers al conde palatino de Sulzbach en cuanto tomara posesión de aquellos territorios.

Hasta este punto limitó sus pretensiones la corte prusiana que en un principio había exigido toda la herencia de Juliers-Berg; pero el rey Federico Guillermo dábale por satisfecho con haber asegurado por lo menos esto (así lo creía él) sin haber tenido que recurrir á las armas. «La cuestión está, escribía, en comenzar por sentar la planta en Berg: mi hijo podrá hacer suyos los territorios de allende el Agger y la faja, y el hijo de mi hijo, Dusseldorf. ¿No lo ha hecho así Francia con la Alsacia y la Lorena (1)?»

Con estos dos tratados secretos quedó provisionalmente terminada aquella cuestión espinosa. ¿Pensaba el cardenal Fleury mantener en lo futuro el uno ó el otro, el prusiano ó el austriaco, ó tal vez ninguno de los dos? Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la política francesa se encontraba en la situación más favorable, pudiendo, cuando llegara el momento decisivo, jugar una ú otra carta en la seguridad de salir siempre ganando. En el tratado con Prusia había un artículo secreto en que se decía que los dos Estados se reservaban la facultad de entablar negociaciones para llegar á una alianza política más estrecha, y el cardenal Fleury pudo entregarse á la esperanza de que en la gran «guerra general» que seguramente había de estallar, fácilmente lograría de Prusia, mediante algunas nuevas concesiones, que se pusiera completamente al lado de Francia.

La situación de la monarquía austriaca no podía ser peor, así en lo que se refería al interior como en lo que al exterior afectaba: el ejército se encontraba en un estado de completa decadencia y la hacienda estaba arruinada; en ninguna rama de la alta administración del Estado había personalidades ilustres ó siquiera hombres de confianza; por heredera de la corona una mujer joven é inexperta, casada con un príncipe insignificante que no gozaba de ninguna simpatía en el país y del cual no había tenido ningún hijo varón; por todos lados compromisos antipragmáticos que amenazaban la existencia de la monarquía; la política bávara haciendo públicamente aprestos militares y preparativos diplomáticos y ocultando apenas sus intenciones; el otro pretendiente *josefino*, Augusto III de Sajonia-Polonia, más prudente, pero no menos ambicioso; no rotas todavía las relaciones con Prusia, pero tampoco en vigor la antigua alianza; por todas partes opiniones y discusiones enconadas; en Berlín un nuevo rey con quien menos aun que con su padre podía contarse; en Austria misma, profundo descontento que salía ya á la superficie y luchas de partido de la peor especie; en-

(1) Nota marginal autógrafa del rey, en Droysen, tomo IV, página 360.

tre la nobleza del Alta y de la Baja Austria, los primeros síntomas de la formación de un partido bávaro que comenzaba á contar con las probabilidades del pretendiente Wittelsbach en Munich; y por encima de todo la atmósfera asfixiante de un porvenir inseguro.

De haber vivido Carlos VI diez años más, es muy posible que la monarquía austriaca hubiese resistido sin grandes quebrantos aparentes aquella crisis como resistió otras antes y después; entonces hubiera habido un hijo de la casa de Austria algo crecido, José II, que nació en 1741; Federico



El cardenal Andrés Hércules de Fleury
Del grabado de Pedro Drevet (1664-1739); cuadro original de Jacinto Rigaud (1659-1743)

el Grande no habría marchado sobre Silesia, ni Carlos Alberto de Baviera ceñido la corona imperial; la política de todas las potencias interesadas habría tomado muy distintos rumbos, y quizás la cuestión de la sucesión de Juliers-Berg habría sido, como estuvo á punto de serlo á principios del siglo XVII, la señal para que estallaran nuevas y empeñadas luchas.

La muerte de Carlos VI fué, por consiguiente, un suceso de gran trascendencia para toda Europa. Su fallecimiento fué tan rápido como inesperado: un enfriamiento adquirido en una cacería acabó en 20 de octubre de 1740 con la vida

del último Habsburgo, cuando acababa de cumplir los cincuenta y seis años.

CAPITULO VII

PRUSIA DURANTE EL REINADO DE FEDERICO GUILLERMO I

Repetidas veces en el curso de nuestra narración hemos hecho mención del Estado prusiano y de su monarca Federico Guillermo, haciendo notar la parte que Prusia tomó en los acontecimientos durante esa época acaecidos en la his-

toria general alemana y europea. Digamos ahora algo de los sucesos que en el mismo período ocurrieron en la vida interior de ese Estado.

El segundo rey prusiano sería una figura de importancia secundaria para la historia de su familia y de su país, si solo nos fijáramos en su política exterior, que á lo sumo únicamente consiguió influencia y triunfos en los primeros años de su reinado, con motivo de su intervencion en las complicaciones del Norte, y aun entonces no partieron de él los grandes impulsos que á tales empresas le llevaron. En los veinte años siguientes, la política prusiana tomó aquel carácter de reserva neutral que hemos visto en ella, política de índole esencialmente defensiva, inspirada en un sentimiento intenso de orgullosa independencia, pero sin ningun deseo de direccion y de iniciativa. Los medios de fuerza de la monarquía fueron aumentados en proporciones que casi no tienen igual en la historia de ningun otro Estado, acrecentándose con ella poderosamente la vitalidad de sus instituciones; pero ningun uso se hizo de aquellos medios, y las demás potencias, á las cuales habia de inquietar el asombroso desenvolvimiento de fuerzas de Prusia, se acostumbraron cada día mas á no considerar en sus cálculos políticos á aquel Estado sino como un factor del que no habia mucho que temer, ni gran cosa que esperar. «¡No sufro la menor afrenta!» era una de las frases fuertes que con frecuencia lanzaba Federico Guillermo I con voz de trueno y con las cuales expresaba su cólera cuando se procedía injustamente con él; pero en realidad ningun monarca prusiano hasta Federico Guillermo IV, con excepcion de los tiempos napoleónicos, recibió y toleró tantas ofensas como él de las potencias extranjeras (1).

Ese mismo príncipe, considerada su actividad desde otro punto de vista, fué un hombre de admirable energía creadora, de voluntad apasionada, de laboriosidad incesante; el que llevó á cabo la unidad del Estado monárquico prusiano, el que puso orden en su administracion, el que creó el ejército, el que supo educar á su pueblo dentro de una severa disciplina para que pudiese llegar á tener una existencia verdaderamente digna de un gran Estado político trabajando con ahinco y cumpliendo rigurosamente sus deberes. No solo de él arranca la obra magna de Federico el Grande, sino que toda la fuerza muscular que desde entonces ha animado al Estado y al pueblo prusianos, toda se debe á él y á su gigantesca labor educativa «del mismo modo que — decía Federico el Grande — todo el follaje de un roble se debe al vigor de este.»

Federico Guillermo I fué una figura única entre los príncipes alemanes de su tiempo. Si tendemos la vista por las demás naciones de Europa, solo dos personalidades de análoga naturaleza podrán ponerse á su lado: en el mundo eslavo Pedro el Grande y en el Sur romano Víctor Amadeo II, el severo monarca piomontés que tanto hizo por la administracion de su país. A estos tres soberanos del siglo XVIII puede aplicarse la frase de Bacon «tres magi inter illius aetatis principes», los tres grandes reyes santos del absolutismo creador de Estados (2). Los tres fueron hombres rígidos

(1) En general podrán ser juzgadas mas por su valor significativo real muchas de las expresiones drásticas de Federico Guillermo I cuyo uso es indiscutible como adorno del estilo, especialmente en los asuntos de política general y extranjera, pero algunas veces tambien en las relativas á la política interior. Respecto de estas últimas, véanse las atinadas observaciones de Knapp en el trabajo *La servidumbre en la Alemania del Este* (Anuario Prusiano, tomo LXVII), pág. 247.

(2) Bacon, *Historia del reinado de Enrique VII*, emplea esta frase hablando de Fernando el Católico, de Luis XI de Francia y de Enrique VII de Inglaterra: «illi enim tres pro tribus Magis censei possunt inter illius aetatis principes» (pág. 401, edicion de 1647).

y violentos que saltaron por encima de cuantos obstáculos se oponian á su paso, que encontraron su robusta energía en cierta limitacion del horizonte espiritual, que no despertaron simpatías personales, pero sí admiracion, y á cuya labor se debe cuanto sus Estados fueron y realizaron. Cada uno de ellos, sin embargo, fué un compuesto, mezcla de elementos afines, completamente distinto de los otros dos.

Nuestra descripcion del desenvolvimiento de la vida del pueblo y del Estado alemanes desde la paz de Westfalia quedará completada con un exámen somero del desarrollo y reconstitucion del Estado prusiano durante el reinado de Federico Guillermo I, que constituyen la obra política mas fundamental y trascendental de cuantas se realizaron en los territorios alemanes desde los tiempos del Gran Elector.

En este trabajo suyo encontraremos al rústico artesano.

Glorificacion merecen los caracteres á los cuales un hermoso equilibrio de energías espirituales y morales, de eminentes dotes intelectuales y prácticas permite ejercer una accion creadora ó vivificadora en todas las esferas de la vida que se hallan bajo su direccion ó su influencia. Hay otros que dominan el mundo por el peso de su robusto y apasionado exclusivismo, merced al cual obligan á sus propias fuerzas y á todas las ajenas á ponerse al servicio de las tendencias exclusivistas de su pensamiento y de su voluntad. Al número de estos últimos, que personalmente no llegan por completo al atributo de la grandeza histórica en su sentido mas elevado, pero que pueden crear grandes cosas y abrir el camino para otras mayores, á este número, decimos, perteneció Federico Guillermo I.

Su juventud se deslizó en un apartamiento completo de los ideales de sus padres, no habiendo nunca causado la menor impresion en su ánimo, ni la pompa de que tanto gustaba Federico I, ni el perfume de distincion intelectual que se exhalaba de la atmósfera en que vivia envuelta la «reina filósofa.» Joven vigoroso, bajo, rechoncho, de andar firme y mirada profunda, poco aficionado á hablar, pero oportuno en sus palabras, brusco y á veces grosero, adoptó desde niño una situacion independiente en la corte de sus padres. Fué uno de esos hombres que se educan á sí mismos y que se educan rápidamente: de las enseñanzas que aprendió en la escuela asimilóse únicamente lo mas indispensable y solo tomó en serio la educacion religiosa, que acogió con verdadera fe y sin vacilaciones ni sutilezas. No sabemos que ninguno de sus maestros ejerciera sobre él verdadera influencia personal: el mismo Leopoldo de Dessau mas que su preceptor fué su amigo de mas edad, pero de igual carácter. Su matrimonio con Sofía Dorotea de Hannover, que era superior á él en cultura intelectual y social y á la que fué siempre fiel, no influyó en lo mas mínimo en su manera de pensar y de sentir. A los veinte años, Federico Guillermo I era una personalidad completa.

Desde los primeros años de su adolescencia enamoróse de los fines claros, concretos y prácticos que tan bien saben comprender y que tanto agradan á los espíritus libres y reflexivos: conseguir su realizacion fué la ley suprema inquebrantable de su vida; fuera de ellos nada veía. En medio de la disipacion y del lujo propios de una monarquía joven que le rodeaban, creció sencillo, económico, ordenado, desdénso de todo lo supérfluo y enemigo de aquel mundo de apariencias en que vivian su padre y su madre y en el que tanto dinero se dilapidaba en cosas inútiles. El mundo real en el cual y por el cual vivía era la mas severa organizacion militar y el mayor orden doméstico en su propia casa y en el Estado: una disciplina rígida, á ser posible ejercida personalmente, para consigo mismo y para los demás era en su concepto la única aspiracion sana de los príncipes, llenos de

deberes y de responsabilidades, y este mismo espíritu de disciplina hizo que no se pusiera en abierta oposicion con su padre y su sistema de gobierno. Ni criticaba públicamente, ni conspiraba en secreto, y á lo sumo cuando cayó el mal gobierno de Wartenberg y Wittgestein, en 1710, hizo sentir de una manera enérgica su influencia y no se ocultó de de-

cir á su padre que «toda la constitucion interna no estaba á la altura de las actuales circunstancias (1).» Por lo demás, apartábase cuanto podia de todo contacto con los círculos oficiales de la corte y del gobierno, observando, aprendiendo y trabajando en su propia esfera; pero asistía con gran regularidad á las sesiones del Consejo secreto. Si alguna vez



María Teresa. Facsimile reducido del grabado, 1743, de Petit. Cuadro original, 1742, de Martin van Mytens (1695 ó 98-1770)

se presentaba en el mundo cortesano, su carácter violento le hacia cometer siempre alguna inconveniencia, así es que en cierta ocasion el gobierno inglés se quejó oficialmente de la «brutalidad con que el príncipe heredero» habia tratado á su embajador, y en los círculos diplomáticos eran generales las quejas motivadas por sus modales de cuartel y por sus formas intolerables, solo buenas para mandar y obedecer.

(1) Véase mas arriba. La actitud política del príncipe heredero revelase claramente en sus cartas á Leopoldo de Dessau que ha publicado Witzleben (*Revista para la historia de Prusia*, tomo VIII, pág. 387), aunque desgraciadamente con grandes lagunas, como por ejemplo el período de 1712 á 1720. Seria muy conveniente que se publicase una edicion mas completa de las mismas.

Pero cuando en febrero de 1713 subió al trono Federico Guillermo I se evidenció la suma de energías creadoras que se encerraban en aquel carácter brusco é indómito (2).

(2) Para lo que sigue pueden verse, además de las obras citadas de historia prusiana, los muchos é importantes trabajos de Schmoller publicados en la *Revista para la historia de Prusia*, en las *Investigaciones para la historia de Brandeburgo y de Prusia*, en la *Revista de Sybel*, en los *Anuarios prusianos*, en el *Anuario para legislación, administracion*, etc. ¡Cuán grato seria á todos los que á esta clase de estudios se dedican que esos trabajos sueltos fuesen coleccionados! Prepáranse algunos importantes trabajos sobre estas materias, entre ellos la publicacion de las *Acta Broussica*, emprendida por la Academia de Berlin, que tratará de la historia interna de la administracion del Estado prusiano desde 1713 á 1786.

La magnífica parada que se celebró con motivo del entierro del difunto monarca, y á la que concurrieron 12.000 hombres, fué á la vez el espectáculo de los funerales del sistema de gobierno hasta entonces vigente. Cumplidos los últimos deberes con el padre y muerta la madre desde hacia años, se encontró aquel rey de veinticuatro años completamente exento de toda consideración que pudiera coartar sus iniciativas y en condiciones de poder convertir en nueva ley del Estado sus convicciones y sus instintos, no dudando ni un momento de que el hacerlo era para él un derecho y un deber.

Muchas veces se ha dicho cómo el torbellino de su indignación y de su desprecio se desencadenó desde los primeros días sobre las gentes de la corte y sobre los empleados públicos. Todo el personal que parecía inútil, y cuenta que la mayoría del que hasta entonces había servido en la corte era considerado como tal por el nuevo monarca, quedó radicalmente suprimido; los sueldos y los gajes naturales de los funcionarios de la corte y del Estado fueron reducidos á la quinta parte de su cuantía, los preciosos tesoros que encerraban la bodega y las caballerizas vendidos, y los objetos de plata supérfluos enviados á la casa de moneda. Federico Guillermo rompió con todo aquello que en el reinado del primer rey se había tenido por ornamento indispensable de la monarquía, y los artistas y artífices de industrias de lujo á los cuales la corte había atendido hasta entonces pródigamente, ó fueron despedidos, ó hubieron de contentarse con mezquinas ganancias (1); se acabaron las fiestas, los conciertos, las representaciones teatrales, los banquetes y todo cuanto, en una palabra, embellece la existencia, siendo reemplazado por la sencillez burguesa y por unos pocos placeres medidos con gran parsimonia. Realizóse, en suma, un cambio radical como si se tratase, según expresión muy usada, de evitar á última hora una bancarrota inminente.

Ocioso sería analizar si en algunas cosas este cambio fué mas allá de los justos límites y si hubiera sido posible encontrar, enfrente de la multitud de abusos que indudablemente existían, un término medio que permitiera variar las cosas paulatinamente y establecer una separación entre lo intolerable y lo que podía tolerarse. Esta clase de procedimientos era incompatible con el carácter del joven príncipe que se hallaba al frente del gobierno. El irresistible afán de crear y mejorar que le impulsaba no consentía sino hacer las cosas completas; «todo lo que él quiere, lo quiere con vehemencia» (*quidquid vult, vehementer vult*), dijo de él un observador en las primeras semanas de su gobierno.

Como centro en torno del cual giraban todos sus pensamientos políticos estaba la noción de la monarquía y de los derechos y deberes del monarca: sentíase soberano en el sentido absoluto de la palabra. Para él, el poder real estaba instituido por Dios que se lo había conferido; de aquí su responsabilidad incondicional y de aquí también la plenitud ilimitada de su poder. Se consideraba llamado á intervenir y poner orden en todas las esferas de la vida pública, hasta en el municipio de la mas humilde aldea, y aun en el círculo de la vida material de los particulares y de las familias ponía su mano. El monarca responsable ha de gobernar por sí mismo en todo, en lo grande y en lo pequeño: «un regente que quiera gobernar en el mundo con honor, debe resolver los asuntos por sí mismo; los regentes son elegidos para trabajar,» escribía en su testamento político de 1722; y uno de

(1) Hubo, como era natural, algunas excepciones; así por ejemplo el famoso pintor retratista Antonio Pesne, que en 1711 había sido llamado por Federico I á Berlín como pintor de corte, conservó su puesto y trabajó mucho por encargo de Federico Guillermo I.

los primeros principios de su programa era que pensaba ser su propio ministro de Hacienda y su propio feldmariscal: «esto lo reservará para sí el rey de Prusia.»

De suerte que consideró su misión como obligación de realizar un trabajo personal incesante, atento al conjunto y á lo grande, pero también á los detalles y á lo pequeño. Fué un hombre que todo se lo hizo y que gobernó en todo, un soberano como quizás no ha habido otro, cuyos actos obedecían á una porción de grandes y sencillos puntos de vista que siempre tuvo en cuenta aun en medio de todo el laberinto de detalles y á pesar de todos los errores de su impetuoso carácter autocrático. En los primeros tiempos de su reinado escribía ya Seckendorff lo siguiente: «El que no lo vea no podrá creer que haya en el mundo un hombre, por mucha que sea su inteligencia, que pueda hacer y despachar en un día tantas y tan diferentes cosas como diariamente hace y despacha este rey.» Desde el amanecer hasta la noche no cesaba de trabajar: asuntos corrientes, audiencias, informes de los ministros, exámenes de innumerables documentos en los que ponía multitud de notas marginales autógrafas, ejercicios militares, revistas, paradas, que hacia verificar cada día enterándose de todo con escrupulosa minuciosidad é inexorable rigor; viajes de inspección á todas partes; menosprecio absoluto de todo cuanto pudiera afectar á su salud ó á su bienestar. Pero también ¡ay del funcionario á quien no veía trabajar asiduamente ó que no tenía en orden todos los asuntos! Por la noche buscaba distracción á sus fatigas entre los concurrentes á la sociedad de fumadores, en donde no faltaban las conversaciones sobre asuntos de gobierno que alternaban con las bromas de los oficiales y de los propietarios. El único placer á que se entregaba con pasión, aunque no sin ciertos remordimientos, era el de la caza, y aun esto solo en momentos oportunos.

En todo cuanto hizo y ordenó prevalecía el implacable «cito, cito» que solía poner en sus decretos: no toleraba la cómoda indolencia que en algunos departamentos de las cancillerías había sentado sus reales. Todo mandato debía ser cumplido en el acto sin vacilaciones ni contradicciones. El sistema de gobernar impetuoso de aquel soberano hace pensar que el rey quizás consideraba el corto tiempo de su existencia como insuficiente para realizar el cúmulo infinito de trabajos que ante sí vislumbraba.

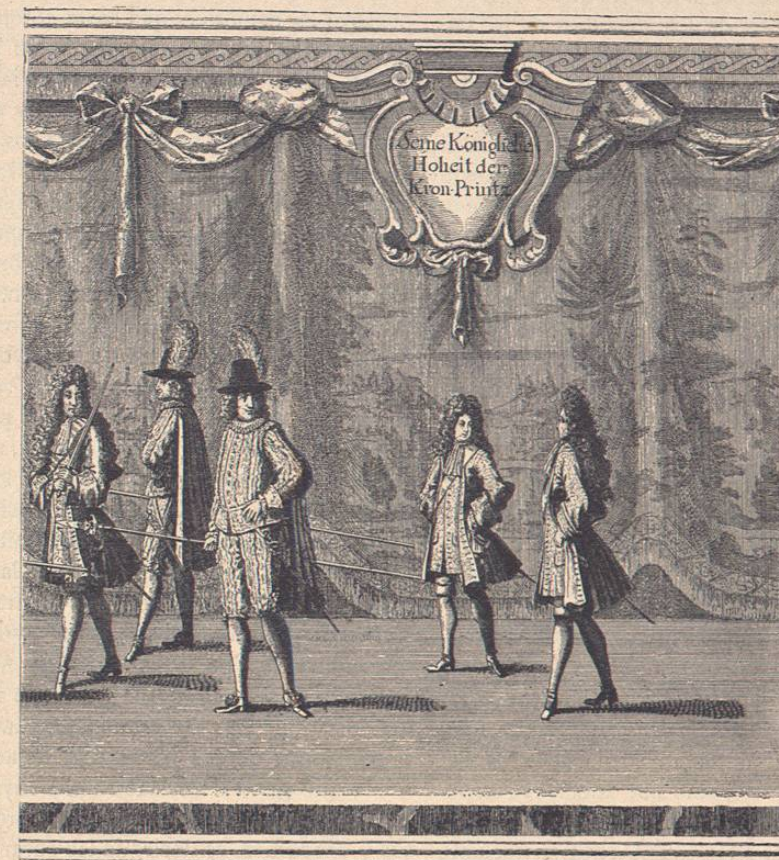
Un soberano dotado de tan enérgica voluntad necesitaba naturalmente una obediencia ciega y una abnegación absoluta para consagrarse por entero á la misión que á cada cual estaba confiada. El que estaba al servicio del rey debía á este y al Estado su personalidad completa, y no solo los oficiales del ejército, sino también los empleados, pues Federico Guillermo decía á menudo que en punto á obediencia consideraba iguales á esas dos clases de servidores del Estado: «Yo soy el señor y los señores son mis criados.» Nadie, por consiguiente, se atrevía por comodidad, ó por atender á su vida ó á su salud, á descuidar el cargo que desempeñaba. A raíz de su entronizamiento algunos empleados que, para la provisión de las plazas de un tribunal recientemente creado en Königsberg, habían sido trasladados á Tilsit se negaron á marchar. Inmediatamente publicó el rey un rescripto ordenando que los funcionarios rebeldes «que no quieren ir á Tilsit con sus empolvadas pelucas» fuesen en seguida encadenados y encerrados en la fortaleza. Aplicaba por consiguiente el castigo mas severo, casi el mismo con que se penaba la deserción (2), á aquellos funcionarios que

(2) La idea de deserción militar era para él cosa muy corriente y la aplicaba á toda clase de desobediencia. Deserción fué para él la tentativa de fuga del príncipe heredero Federico, y desertor era el labrador que abandonaba su choza y emigraba.

mostraban repugnancia en cumplir su mandato. Merced entonces á la intercesión de elevadas autoridades, el castigo se redujo á doce meses de prisión en un castillo. Otro de los funcionarios destinados á Tilsit que se dirigió al rey suplicándole que revocase la orden de traslación por ser el clima de aquella ciudad funesto para su salud, obtuvo una rotunda negativa cuyo fundamento dice con mas elocuencia que todo cuanto pudiera exponerse hasta dónde llegaba el absolutismo de la idea que de los servicios al Estado tenia

formada Federico Guillermo I: «Al soberano hay que servirle con el cuerpo, con la vida y con la hacienda: la salud del alma es para Dios, pero todo lo demás ha de ser mio (1).»

Todo se encaminaba á concentrar apasionadamente todas las energías propias y todas las fuerzas utilizables á fin de conseguir el objetivo deseado, cual era aumentar el poderío de aquel Estado y restablecer en él el orden. Y todo esto se hacia inspirándose en el sentimiento de la necesidad y de la lógica, como si se tratase de la cosa mas natural é inevita-



Seine Königl. Hoheit der Cron-Prinz, gehen immediate vor d. Königl. Majestät her, und werden seitwärts zur Lincken von dem Ober-Hof-Meister dem Herrn Graf von Dohna gefolget.

El príncipe heredero Federico Guillermo en la comitiva de la coronación de Federico I (delante de él el supremo burgrave de Dohna con la espada imperial desnuda: á la izquierda del príncipe su gran maestre el conde de Dohna) Facsimile del grabado publicado en las Solemnidades de la coronación del rey de Prusia, descritas por orden de su Real Majestad por Juan Jorge Wolfgang (1664-1748), grabador de corte de Su Majestad de Prusia y miembro de la Academia de Bellas Artes. Berlín, 1717)

ble, sin poner un momento en duda la justicia de la tarea acometida y la razón de los violentos medios empleados. Aquel indomable domador de voluntades que nunca pudo estar completamente satisfecho de sí mismo, se queja con admirable candidez de las deficiencias de su temperamento: «Dios sabe que soy demasiado prudente; mejor sería, á mi entender, que fuese mas colérico; pero Dios no lo quiere.» Algunos observadores alemanes y extranjeros que, aterrizados unos y admirados otros, fueron testigos de la firmeza y severidad del rey en sus primeros tiempos, creyeron que todos esos ímpetus no eran sino hijos de un exceso de celo de principiante, que pronto pasaría la tormenta y que no tardarían en llegar días mas benignos. Pero se engañaron, pues Federico Guillermo fué el mismo en los veinticinco años de

(1) Comunicaciones archiviales de Krauske, en los protocolos de la Asociación para la historia de la Marca de Brandeburgo: de ellas tomamos también algo de lo que sigue.